

## CARANDE HA MUERTO

En el verano de 1986, a punto de cumplir el siglo, tras treinta años de jubilación. ¿Pero aún vivía?, es la pregunta usual ante la muerte de un ilustre jubilado. Nadie la ha hecho en este caso. Carande ha vivido hasta sus últimos meses plenamente, no sólo además para sí, no sólo tampoco para la ciencia histórica. Ha rendido a la naturaleza y ha doblegado a la historia; ha fallecido un símbolo de que esta victoria cabe. Frente a un tiempo de miserias y frente a las miserias de una edad, él mismo se labró meritoriamente el mito. Resiste ahora a la derrota siempre segura, mas no siempre definitiva, de la muerte. Otra es entonces habitualmente la pregunta: ¿pero era para tanto?

Lo era, y no sólo para nosotros como fundador de este Anuario, no sólo tampoco para toda la ciencia histórica en España como impulsor decisivo de su especialidad económica. Lo ha sido para la propia historia común. Durante una primera época de su vida, la del tiempo corriente de los mortales, nada hubo en realidad de extraordinario, comprendida dicha función. La figura de Carande ya destacaba por los años veinte acercándose a sus cuarenta, pero como la de un miembro más de una generación, con su sólida formación cultural y responsable vocación política. Ya también con su experiencia a la llegada de la república, verdadera oportunidad generacional. Su derrota lo fue personal. Perdió compañeros, por la muerte o por el exilio, perdió papeles de trabajo, con las destrucciones y los expolios; perdió temporalmente profesión, entre la revancha y la arbitrariedad.

Y en este segundo tiempo de auténtica miseria colectiva fue pacientemente labrándose su triunfo; fue naciendo a su segunda vida, a una edad ya no común a los mortales. Triple fue, como su competencia, su resarcimiento. En cuanto que universitario, y sin contar ya tras la jubilación con el poder de la cátedra, fue un elemento clave en la resistencia frente a la ocupación política del profesorado superior. En cuanto que político, bien lo saben quienes, también de otros sectores, experimentaron y agradecieron su apoyo y empeño. En cuanto que historiador, nuestra obligación es conocerlo. Como todo ello, inescindiblemente, tras su prorrogada y generosa vida, le extrañamos. No es lo único extraordinario que al fin don Ramón nos deja

B. C